

idad, la libertad de pensamiento y la independencia de toda fuerza política.

Considerando como diario de información, *Le Monde* es, sin lugar a dudas, uno de los mejor informados en el mundo. Esta información se presenta como descripción detallada de los hechos; también en comentarios sobre los mismos, que pretenden esclarecer la información sin deformarla. Aparte existen los artículos firmados que también aparecen en forma de documentos cuando las posiciones personales, subjetivas o parciales aparecen a primera vista.

En general *Le Monde* tiene un lenguaje, un estilo de escritura. Los periodistas que forman su redacción constituyen un equipo que no obstante sus divergencias políticas, se presentan, antes que todo, como especialistas que poseen un mismo sentido de la objetividad, una misma probidad intelectual, un mismo lenguaje. En cuanto a los colaboradores que pueden ser casi todas las personalidades universitarias, sindicales o políticas del país, sitúan casi siempre sus análisis a un nivel que pretende ser impersonal y objetivo. Para analizar esta forma de lenguaje, ese estilo periodístico, los autores del estudio hablan de los principios y de la finalidad de lo que llaman la retórica del discurso objetivo. Analizan cómo intervienen la objetividad y la simetría, la objetividad y la conveniencia o la amabilidad, o más que la amabilidad, la decencia, la buena educación; la objetividad y la psicología, la objetividad y la moral, para convertir, por ejemplo, un testimonio con valor político en protesta moral, o en problema psicológico.

Para conservar siempre esa determinada unidad ideológica *Le Monde* selecciona los hechos, los comentarios, los artículos y los documentos. La selección en sí no es criticable. En cualquier periódico existe. En *Le Monde* la selección se realiza de manera a obtener esa unidad ideológica.

Por otra parte, *Le Monde* conoce bien a su público. Sabe que no hay lector que aun leyendo todo el diario todos los días pueda recordar con exactitud la información presentada cada día. Sabe que el lector confía en el diario que escoge para estar informado, que piensa que toda la información importante estará contenida en sus páginas. Con esa seguridad las omisiones y las posibles contradicciones en que pueda caer su información de un día para otro pasan generalmente desapercibidas.

Para Aimé Guedj y Jacques Girault esos hechos no dejan de tener importancia, dentro de su análisis son muy significativos.

Un diario que desde sus inicios se enorgullecía de contar a sus lectores entre las capas altas de la sociedad, no puede presentarse desprovisto de todo partidismo ideológico.

Le Monde es un diario bien informado, pero su objetividad, su libertad de pensamiento y su independencia de toda influencia política no resisten ningún análisis bien fundamentado.

Su manera de presentar los acontecimientos de mayo-junio de 1968 muestran claramente su posición de clase.

Guedj y Girault concluyen que Bueve Méry y *Le Monde* no tienen por meta poner en duda el poder político establecido, sólo le sirven de barómetro y que su influencia entre los jóvenes no es todo lo positivo que pudiera desearse.

La lectura de este libro se recomienda a los estudiosos en ciencias de la información, a los especialistas en análisis de contenido, a quienes acostumbran informarse a través de *Le Monde*

y a todos los interesados en obtener un mejor conocimiento de la prensa internacional, sociólogos y políticos.

Eréndira Urbina

Hall, Stuart. *Los hippies una contra cultura*. Barcelona. Anagrama, 1970, 80 pp.

I. Los soñadores del absoluto

Los símbolos, valores expresivos, creencias y actitudes, proyectos y aspiraciones de un grupo como el de los *hippies*, constituyen, tomados en conjunto, un modo de estar en el mundo, expresado en costumbres, lenguaje y moral cotidiana. El estilo de hablar de los *hippies* constituye una jerga compleja, obtenida eclécticamente de la cultura de los negros, del jazz, de las subculturas de homosexuales y drogadictos, del lenguaje idiomático de la calle y de la vida bohemia. El *hippie* es un hombre que rechaza los prejuicios y el conformismo de la clase media. La vida de la clase media orientada hacia el trabajo, el poder, el *status* y consumo creciente, no le interesa al *hippie* por ser una forma de vida poco humana. El *hippie* es un *drop out* (marginado) del sistema para el que le han estado preparando, a través de la familia y la educación.

En general, los *hippies* americanos son todo lo contrario de elegantes y atildados, sus indumentarias pueden ser extravagantes pero con frecuencia son sucias, burdas y en mal estado.

Aquellas situaciones, identidades y carreras que la sociedad ha calificado de "desviadas" son precisamente las que los *hippies* valoran más alto. Ésta es una de las muchas formas simbólicas con las que los *hippies* intentan subvenir las legitimaciones de la sociedad.

La sociedad *hippie* se entiende mejor como un intento de construcción del enclave arcádico en el corazón de la vida de la ciudad, combinando ácidos impulsos culturalmente poderosos: la simplicidad rural y la modernidad. El pastoralismo *hippie* es el sueño de la arcadia urbana.

Otra actividad de los *hippies* es el amor. El amor representado a través de la flor. Ésta representa lo colorido, lo alegre, lo placentero, lo natural, lo salvaje, lo primitivo. Los *hippies* toman drogas como una forma de tener mayores percepciones sobre el mundo que los rodea. Así pues, el tomar drogas como un elemento de la forma de vida *hippie*, tiene además el atractivo de demostrar cuán artificiales son los límites establecidos en el código moral de lo que la sociedad toma por "natural" y "bueno".

El movimiento *hippie* es una rebelión contra el modelo del hombre-organización y de la vida organizada que es el arquetipo o paradigma del éxito en el mundo convencional.

II. El fin de la utopía

Los *hippies* fueron una respuesta desesperada a la sociedad de consumo. Son hombres y mujeres de clase media que no le quisieron hacer el juego al estilo de vida norteamericano. Intentaron amar y comprender a los demás. Se sintieron asqueados de la guerra de Vietnam y de la sociedad industrial. Deci-

dieron experimentar, a través de la marihuana y las drogas, una nueva sensibilidad. Se vistieron de una manera sofisticada y desaliñada. Se dejaron crecer el pelo e inventaron un lenguaje y una nueva música. Sólo que se marginaron de la sociedad. Su amor se convirtió en algo abstracto y metafísico, su responsabilidad sobre los demás en filisteísmo; sus relaciones morales y sexuales, en fantasías obsesivas y patológicas. Terminaron pidiendo limosna y asaltando para conseguir drogas. Les faltó la dimensión política. Al faltarles conciencia histórica, la sociedad de consumo a la que despreciaban se los tragó. Hoy los *hippies* son una moda de la sociedad industrial para consumo del folklore de la clase media en los países subdesarrollados.

Gabriel Careaga

Ianni, Octavio. *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, 1ª edición, México, Siglo XXI editores, 1970, 125 pp.

Octavio Ianni plantea desde la posición de la sociología comprometida, varias hipótesis sobre la relación dependiente de Latinoamérica con el imperialismo desde la posición de los países subordinados, con el objeto de encontrar los eslabones fuertes y los débiles del sistema, observando que la relación con el imperialismo condiciona en diferentes niveles la estructuración de los países latinoamericanos, o sea a nivel económico, cultural, religioso y en la creciente militarización de la vida política latinoamericana; describiéndose un movimiento paralelo el aumento de la dependencia y el advenimiento de las formas fascistas que adopta la estructura social, con un claro deterioro de los procesos democráticos, expresado en el fracaso del desarrollismo nacionalista y del asociacionismo, fincados en la coyuntura de la guerra mundial pasada.

El libro, subdividido en cuatro partes, maneja los supuestos fundamentales apuntados arriba y hace un análisis de la militarización de la política latinoamericana y de la formación de una estructura social que consolida la institucionalización de la violencia, formando de hecho una cultura de la violencia.

El problema de la dependencia latinoamericana en el proceso del desarrollo del sistema capitalista a nivel internacional, que en Latinoamérica ha llevado al fracaso de las políticas nacionalistas, lleva a replantearse su definición y a buscar una caracterización más completa, con el objeto de encontrar una alternativa viable para América Latina.

Existe dependencia estructural siempre que las estructuras económicas y políticas de un país están determinadas por las relaciones imperialistas. Ello significa que instituciones económicas, políticas, militares, educacionales y otras, pueden ser influidas y aun determinadas por las relaciones dependientes, es como si el imperialismo provocara en el interior de una sociedad subordinada la aparición de ideologías e instituciones determinadas en función de los intereses y procesos político-económicos que se generan a partir de la nación dominante. O sea la dependencia estructural corresponde a la manifestación concreta, en el interior de la sociedad subordinada, de las relaciones políticas y económicas de tipo imperialista.

Por otro lado, aun en los grupos intelectuales no marxistas, se está cobrando conciencia del fracaso de la vía capitalista de desarrollo y la investigación teórica y empírica se orienta a buscar soluciones para los problemas de América Latina en general, y para los sectores asalariados. Esta búsqueda implica aclarar la naturaleza del aparato de dominación y las características que adoptan las contradicciones a nivel de la nación dependiente y del imperialismo. En América Latina se está configurando un complejo sistema de decisiones, que se manifiesta en la organización de empresas multinacionales, que con la combinación del poder de decisión de las entidades a nivel intergubernamental, dan origen a estructuras extra o supranacionales, que contribuyen a reforzar la dependencia. Como reflejo de la situación dependiente hay una tendencia a la interiorización de las contradicciones externas, con las cuales se enfrentan habitualmente las sociedades subordinadas; a la vez que las internas pasan a manifestarse a nivel internacional y se constituyen en un factor de influencia en los procesos políticos y económicos cuyo centro hegemónico de decisiones son los Estados Unidos. Por lo tanto, comienza a llevarse a cabo un proceso de internacionalización de la lucha de clases, donde hay una influencia recíproca entre centro hegemónico y las zonas subordinadas. En la medida que estas manifestaciones políticas de la dependencia se acentúan, se desarrollan ciertas modalidades de producción del excedente económico efectivo determinadas por el poder político. Éste es el elemento esencial de la dependencia, de hecho la dependencia se consolida cuando adquiere su carácter político.

Este aumento de la dependencia se da en el marco de la expansión del capitalismo a nivel internacional; el área latinoamericana se ha incorporado de manera creciente a la órbita norteamericana y esto cobra su expresión política en el aumento de los regímenes militares.

Desde la perspectiva norteamericana es clara la necesidad económica, política, estratégica, que requiere la conservación del sistema, tomando en cuenta eventos como la Revolución Cubana, la Mexicana, el nacionalismo económico y la aparición de las guerrillas que han obligado al imperialismo y a las oligarquías latinoamericanas a recurrir a los recursos que se hagan necesarios. La nación norteamericana, en su intento de proteger la conservación de su hegemonía, ha desarrollado una amplia política de subvención a las oligarquías latinoamericanas que presenta un incremento considerable a partir de los años 50. Estados Unidos considera peligrosa para su hegemonía cualquier actitud independiente y aun neutral, sustentando su ayuda militar en diferentes tesis como la *boomerang*, baluarte o la hemisférica, que tiene como elemento común el desarrollo de políticas de apoyo a las fuerzas militares latinoamericanas. Por supuesto el apoyo varía de acuerdo a la posición concreta de cada país y se da como expresión de un todo más complejo que implica niveles como el político, el económico, etcétera. Este proceso conlleva una creciente militarización de la vida política latinoamericana, que se expresa en la necesidad de apoyo de los sectores dominantes por parte de las fuerzas armadas o bien por su dominación directa. Por otro lado, este proceso de creciente militarización, no se da como un fenómeno particularmente latinoamericano, sino como parte de un proceso mucho mayor en donde las naciones hegemónicas destinan de